

## Ayotzinapa a seis meses, nos siguen faltando 43, ¿qué hacemos?

Nydia Lourdes Reyes Rodríguez\*  
Puebla, 2015  
[marx\\_ita@hotmail.com](mailto:marx_ita@hotmail.com)

Hace unos días, el domingo... un grupo de profesores universitarios organizaron una clase abierta por Ayotzinapa en el zócalo de la ciudad de Puebla. En aquella actividad, invitaron a la gente que paseaba a conversar con ellos y con dos de los estudiantes de la normal rural "Raúl Isidro Burgos" que estaban ahí para ofrecer una clase abierta de dignidad, valor y resistencia. Dos de los ayotzis (como les dicen los estudiantes de licenciatura) estaban ahí compartiendo la palabra con la gente que quería detener el paso y escucharlos, y es que no todos se detienen a escuchar y eso duele. El grupo de profesores universitarios salió a la calle a hacer lo que pueden hacer, lo que saben hacer: dar clases, ellos mismos lo decían: "queremos alentar la reflexión colectiva y auspiciar conversaciones y debates que ayuden a pensar en un horizonte que vaya más allá de este presente de miedo, represión y muerte". Se autoconvocaron para que colectivamente nos preguntemos: ¿qué hacemos si nos siguen faltando 43?; ¿qué hacemos? Lo mismo me pregunto yo, le pregunto a mis compañeros universitarios, le preguntamos a los ayotzis, nos pregunta la gente en las calles cuando vamos marchando, en la casa a la hora de la comida, o por redes sociales los amigos de otros países.

No dejamos de preguntarnos ¿qué más hacemos? porque parece que no es suficiente lo que hemos hecho hasta ahora, porque no aparecen los muchachos de Ayotzinapa, porque siguen los feminicidios,

porque cada día se encuentran más fosas clandestinas, cuerpos incinerados, desmembrados, porque amenazan y matan reporteros, porque se reprimen las movilizaciones cada vez con más violencia, porque mataron a un profesor en Guerrero por salir a marchar, porque secuestraron y golpearon brutalmente a mis amigos, estudiantes de la universidad de Puebla, que hacían una huelga de hambre demandando educación popular, porque me han intervenido el teléfono y me siguen en las calles.

La primera vez que nos hicimos esa pregunta fue cuando nos enteramos de lo que había sucedido aquel 26 de Septiembre en Iguala, Guerrero, cuando la incertidumbre de no saber qué había pasado con los 43 estudiantes nos colocaba en la cabeza la posibilidad de que cualquiera de nosotros podría haber sido uno de los 43. Pensábamos que el rostro arrancado al normalista Julio Cesar Mondragón era una muestra de la violencia y brutalidad humana y, al mismo tiempo, lo sentíamos como un mensaje para todos los estudiantes que hemos hecho actividades como la que realizaban Julio Cesar y sus compañeros aquel día 26 en Iguala cuando recolectaban fondos para la normal y para poder asistir a la marcha en el DF en conmemoración a los estudiantes asesinados en Tlatelolco el 2 de Octubre de 1968. La imagen de julio Cesar sin rostro nos helaba la piel, esa imagen nos decía que podían quitarte lo que te hace único, que te podían quitar todo hasta la



sonrisa, la mirada, la identidad y que tenían el poder de hacerte nadie. Pensaba que el rostro de Julio César podía ser el de mis estudiantes de la preparatoria abierta donde doy clases, o el de uno de mis amigos que estudian la licenciatura o de alguno de mis compañeros del posgrado, o el mío.

No podíamos imaginar lo que los padres de Julio César y de sus compañeros desaparecidos estaban sintiendo, los veíamos que salían a marchar y pensábamos que eso era lo mínimo que nosotros podíamos hacer, así que salimos. En Puebla, desde hace 20 años que no se veían marchas como las que se han realizado en las jornadas por Ayotzinapa, el contexto de cada Estado de la república mexicana es distinto y en cada uno se realizaron acciones en solidaridad dentro de sus posibilidades y en la medida en que la violencia del narcogobierno lo permitiera.

En Puebla comenzamos por la organización y la unión entre estudiantes de todos los niveles, desde preparatorias hasta doctorados. Se convocó a una primera Asamblea General a la cual asistimos pocos, cabíamos en un salón de clases. Sin embargo, para la segunda Asamblea requerimos de un auditorio y, posteriormente, de espacios al aire libre pues el número de personas incrementaba, al igual que la negativa de las autoridades universitarias por brindarnos los espacios para la deliberación. Poca experiencia había en cuestión de asambleas y costaba trabajo la discusión y el orden. Gracias a la diversidad y pluralidad fuimos aprendiendo y creando en el camino nuestras propias formas de organizar el tiempo y el espacio.

En varias universidades del país se fueron organizando asambleas por facultades y posteriormente generales, así se convocó desde la UNAM a una asamblea

interuniversitaria nacional que buscaba articular y coordinar junto con los normalistas de Ayotzinapa una Coordinadora Nacional Estudiantil que condensara la fuerza estudiantil que se estaba movilizandando en todo el país. El ritmo de cada asamblea era diferente, la UNAM y sus colectivos iban marcando el paso, sin embargo en muchas otras universidades las posibilidades de seguir este ritmo eran limitadas, algunas acciones nacionales se lograron hacer en la mayoría de las universidades del país, como el paro total o parcial de las actividades estudiantiles. Esos paros activos fueron lo único permitido por las autoridades universitarias. En estas jornadas se realizaban actividades culturales, artísticas y también informativas respecto a la situación de la educación popular, la función de las normales rurales y temas que de distintas formas eran abordados por los estudiantes y profesores que se sumaban.

Los llamados a salir a marchar venían de los compañeros de Ayotzinapa y de la asamblea interuniversitaria que se reunía los sábados y a la que asistían representantes de universidades de todo el país. El aprendizaje en colectivo es algo que no se puede cuantificar y que probablemente aún no podemos palpar su impacto en la sociedad. Al menos en Puebla, la mayoría de los estudiantes nunca habían participado en una marcha o en una asamblea, no conocían las consignas, ni las precauciones que se debían tomar. Poco a poco se formaron comisiones y brigadas que salieron fuera del espacio universitario a los mercados, colonias, parques, transportes urbanos y otros espacios para informar e invitar a las jornadas por Ayotzinapa.

Las actividades han sido diversas, desde marchas en silencio, caminatas, actividades culturales, paros laborales, toma de edificios de la administración pública, liberación del



cobro de peaje en las autopistas privatizadas, pintas, tendedores informativos, brigadas, cierre de calles y avenidas, eventos musicales, clases abiertas en plazas públicas o parques, entre muchas otras que seguramente no puedo recordar, o no conozco, pero que estoy segura abonan a la recuperación del control de nuestros espacios comunes y que dan cuenta de una solidaridad y acción colectiva que desde hace tiempo no se veía en México.

En octubre, en una de las jornadas globales por Ayotzinapa fueron a la Universidad de Puebla dos compañeros normalistas, uno de ellos sobreviviente del día 26 de septiembre. Allí él nos contó cuando los balearon los policías, cuando los entregaron al ejército, cuando logró escaparse y correr a ocultarse entre la hierba, cuando volvió a su casa con su familia y nos dijo que a pesar de todo esto él no tenía miedo, tenía rabia y ganas de seguir luchando. Nosotros les preguntamos: ¿qué hacemos?, y ellos dijeron: “organícense y hagan lo que saben y lo que puedan hacer”; para ese momento no sabíamos lo que haríamos ni lo que lograríamos hacer, solo nos acercamos y les dimos un abrazo, uno de ellos lanzó un fuerte grito que venía desde la sierra de Guerrero, desde el campo y desde su dolor: “¡Ayotzi vive!”, gritó con una voz fuerte, firme y llena de orgullo y dignidad.

Hoy, a casi seis meses de los sucesos de Iguala, en México enfrentamos una emergencia nacional, la violencia sistemática desde el narcogobierno ha generado un nuevo dispositivo de violencia política y mediática que desestructura la capacidad social de distinguir y comprender con claridad la situación por la que pasa el país. Así, la criminalización de la protesta social y, específicamente, de los estudiantes y maestros, da cuenta de una campaña mediática que busca justificar los actos represivos del Estado mexicano en contra de

los que ejercemos el derecho a manifestarnos y de los que resisten a la privatización de lo público y el despojo sistemático de lo común. Por medio de las recientes reformas estructurales, en materia de educación, trabajo, impuestos, telecomunicaciones y recientemente energéticos, en esta etapa de profundización del neoliberalismo en México, se busca dar legalidad a un proceso que claramente favorece a unos pocos y que perjudica a la mayoría de los mexicanos.

Hoy, a casi seis meses de lo ocurrido a los estudiantes normalistas de Ayotzinapa, nos seguimos preguntando ¿qué hacemos? y pienso que es bueno no dejar de hacerse la pregunta, ahora en colectivo y con objetivos más amplios, ¿qué hacemos para defender el agua, para defender nuestro petróleo, para defender nuestro derecho a expresarnos, para defender nuestros recursos naturales, para defender nuestra cultura, para recuperar nuestra universidad pública, para recuperar nuestra voz? Creo que, a diferencia de octubre, haremos lo que ya aprendimos y lo que podemos hacer como colectivo que aún está construyéndose. Sabemos que tenemos que articularnos con más organizaciones y movimientos sociales de nuestro estado, de otros estados de México, de otros países de América Latina, de otros continentes, porque hemos sentido su solidaridad. Sentimos que desde muchas partes del mundo abrazan a Ayotzinapa en su grito de orgullo y dignidad, porque compartimos luchas y compartimos indignación y porque cada vez tejemos más sentidos y objetivos comunes, porque es una lucha por la vida y esa nunca ha de parar.

### Notas

\* Nydia Reyes es estudiante del Doctorado en Economía Política del Desarrollo. Facultad de Economía de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, México.

